



Juan Carlos y Soria, recibidos en Orly por Giscard: un viaje oficial con significado de ruptura.

El viaje a Francia

DURANTE cuarenta años, España no ha viajado, salvo lo imprescindible para mantener apremiantes contactos con Hitler, Mussolini y Oliveira Salazar. En el cierto aislamiento en que vivía la nación oficial con respecto al exterior habla sin duda un regusto propio y autárquico; habla también un cierto complejo de inferioridad y una especie de temor. A veces se justificaba con la frase de San Agustín: "No hay que salir fuera, la verdad habita en el interior". La doctrina común del Régimen ha sido la de considerar a los grandes países occidentales como enfermos de política, necesitados de aprender algo de España, que se mostraba como adelantada en los sistemas. Probablemente algunos grandes líderes del mundo tuviera, en efecto, una especie de envidia secreta —naturalmente, secreta— por la facilidad de Gobierno a la española, sin oposición, prensa ni debates.

España no viajaba hasta que comenzaron a hacerlo, tímidamente, algunos ministros. Aparte de las visitas "ad limina" a Estados Unidos, se iba mucho a los países árabes y algo a algunos países hispanoamericanos, como doble pedestal de una política. Y como apoyo comercial. Esta carencia se supla a veces con las visitas de "ellos", de algunos de ellos, a veces en escala técnica, a veces enfrentados con su propia oposición.

Parece que esta política se rom-

pe. Si es que puede hablarse de ruptura. El Jefe de Estado es ahora viajero. Sus viajes por las provincias se hacen según esquemas anteriores —ofrendas florales, medallas, pancartas y discursos de patriotismo local—, el viaje a Hispanoamérica ha seguido también toda la retórica necesaria cuando se cae en manos de los grandes oradores que abundan en aquellos países, sobre todo en las vertientes de los poderes familiares.

Pero el viaje a Francia tiene otro significado. Francia es todavía Francia. Algo más que había que romper para hacerlo es la tradición francófoba de algunos núcleos de la derecha que se mantienen en círculos de poder. No olvidemos que en la gran disputa europea, las grandes derechas españolas —salvo algunos elementos "de la mejor sociedad" llevados por "el buen gusto"— se han inclinado siempre por las potencias centrales —Alemania— y en contra de las democracias occidentales. La francofobia tiene raíces muy antiguas: lo que se odia es, sobre todo, la Revolución francesa. No olvidemos que en España se están debatiendo todavía —y con mucho rigor, y con mucha pasión— principios emanados de la Revolución francesa que están olvidados ya —por definitivamente implantados— en los otros países del continente. Nuestra gran derecha sigue viendo en Francia un país exportador de masonería, ju-

dalismo, ateísmo, sexo y libre pensamiento. Y, qué duda cabe, de comunismo, que para esos megalíticos sigue siendo un compendio de todo lo malo. A esta permanencia de Francia en el error hay que añadir algunas cosas contemporáneas: desde el cierre de fronteras —que, por cierto, decretó un católico, Bidault, que años más tarde tendría que irse al exilio complicado con la OAS, que fue una forma de fascismo— hasta el refugio a los exiliados de todas las épocas; y hasta la forma de apoyo que aquí se cree que está dando a la ETA. Hay un viejo contencioso que aunque se liquidara públicamente —y fue Mendes France, calificado por Franco de "masonazo", el primero que lo inició; Mendes France, judío y probablemente pariente del entonces jefe del Estado español, según decía el propio Mendes France: su apellido "France" habla sido primitivamente Franco, y al establecerse la familia en Francia lo cambiaron por otro más patriótico—, sigue permaneciendo anclado en las memorias morales de los derechistas. Se ha dicho que el viaje del Jefe del Estado español estuvo a punto de interrumpirse por estas presiones, y que sólo la voluntad real lo mantuvo, aunque quizá acortándolo en un día.

En este sentido, el viaje tiene ya un significado de ruptura. Estos viajes son, sobre todo, formas de lenguaje político. Aun en casos

muy importantes —las entrevistas Nixon-Mao, por ejemplo, o las de Ford-Brejnev—, el tejido de las relaciones se hace por otras vías. El viaje es muchas veces el símbolo de que algo se ha hecho o de que algo es posible hacer. En este caso hay un lenguaje para el interior y otro para el exterior. El lenguaje interior es el de significar a esa gran derecha pasadista que las cosas han cambiado y que España tiene una sola entrada directa en el mundo occidental, que es Francia. Francia lleva años queriendo apadrinar la entrada de España en el Mercado Común y en otras instituciones europeas. En otros momentos no le ha importado gran cosa la concordancia de regímenes, que sigue sin existir; pero le ha interesado para vencer la resistencia procedente de sistemas más ideológicos como los de los países del Norte, tan impregnados de un socialismo puritano. Francia tiene una necesidad de España por razones de peso estratégico y político europeo: apadrinando a una nación del Sur y pudiendo mostrar —como lo ha hecho, en su lenguaje, a propósito de este viaje— que puede tener grandes relaciones con España, tiende a contrapesar la gravedad que se inclina hacia el Norte. El reformista Giscard y el reformista Suárez tienen algunas cosas en común. Aparte de la tradición política de cada uno, naturalmente, y del contexto en que cada uno trabaja. Francia ha dado todo el énfasis necesario a este viaje. Notemos que por el apoyo a distintos grupos políticos, todos los países de cierta envergadura —no olvidemos al primero, a Estados Unidos— tratan de buscar una relación con España en el futuro, para su construcción política y económica continental. En Francia, el partido del poder (la alianza que está tratando de sostener Giscard con vistas a las elecciones de dentro de dieciséis meses) está interesado por el partido del poder en España, y le estimula a que siga adelante su reforma, su "democratización". Al Gobierno español le sirve para mostrar a todos, dentro y fuera, que Francia muestra una credibilidad hacia los pasos españoles. El mensaje de Giscard, previo a la visita del Jefe de Estado español, lo mostraba ya así: "Francia sigue con simpatía atenta las iniciativas y los esfuerzos del Rey Juan Carlos. Desea ardentemente su éxito". Y Francia tiene el deseo "de encontrar en España un verdadero compañero con el que deseamos progresar juntos". No olvidemos que se puede volver por pasiva una observación anterior: si los carcas megalíticos ven en Francia la cuna de Voltaire y el desorden sexual y político, los viejos demócratas siguen viendo en ella la eterna cuna de la democracia, como los viejos comunistas siguen viendo en la URSS la patria del socialismo científico. Para estos viejos demó-

cratas, y para los nuevos que siguen yendo a París —o a Hendaya, o a Biarritz— a ver cine y comprar libros, y a respirar un poco de otro aire, el espaldarazo francés es importante para el nuevo Régimen.

Aparte de la capacidad de comprador que tiene el Estado español para los franceses. Los países han dejado de basar su economía en la preponderancia de la fuerza de conquista para lanzarse a una carrera de mercados. El caso de Lockheed, que comienza a verse ahora un poco, ilustra hasta qué punto juega la política de mercados en las relaciones internacionales. O la batalla de Alemania Federal y Francia por colocar sus sistemas personales de televisión en color, con todo lo que ello significa de un mercado técnico permanente abierto. Francia es compradora de España; España es compradora de Francia. Algunas de las visitas a las que ha acudido el Jefe del Estado español, acompañado por el Presidente de la República francesa, tienen un carácter marcadamente mercantil: la fábrica electrónica Thomson-CSF, o las instalaciones de las futuras productoras de energía nuclear de Tricastin. Otro aspecto de gran importancia es el militar, también en dos aspectos: el de mercado —España es compra-

dora de material militar francés— y en el de una defensa común. Hace ya muchos años que se vienen realizando maniobras conjuntas de los dos Ejércitos: quizá tengan también un mayor carácter de lenguaje que de efectividad militar, pero no cabe duda de que un conflicto de cariz clásico (el nuclear tiene otras premisas, y aun así) la relación España-Francia es muy importante. Francia apadrinaría también la entrada española en la OTAN; forzosamente cualquier plan militar general de Europa que pueda hacerse incluyendo la presencia de España tiene que tener en cuenta su relación geopolítica con Francia.

Desde un punto de vista lo más abstracto posible, aun prescindiendo de la naturaleza de las relaciones actuales, de Estado a Estado, de los dos países, e incluso de la naturaleza misma de los dos Regímenes, cualquier estrechamiento de relaciones entre los dos países es deseable. En ese sentido, el viaje de ahora puede considerarse como positivo, por la misma razón por la que habla que considerar como negativo el apartamiento de Francia y la condena habitual de la etapa anterior del Régimen español. Tiene un carácter de enmienda. Y abre perspectivas interesantes para un futuro poselectoral: en Francia y en España. ■

nárquico hubiera podido hacer una película más desfavorable", dijo un periodista francés, aunque a mí no me lo pareciese así.

La palabra que más sonó en los discursos oficiales —tanto del Presidente como del Rey— fue la de **democracia**, pero tuvo también su eco y en la nota dirigida por Gastón Defferre, Ballanger y Fabre (presidente del grupo socialista y comunista en la Asamblea nacional los dos primeros, presidente del partido radical el tercero) a Juan Carlos recuerdan que "a pesar de las intenciones proclamadas, comprobamos que continúa la represión de las manifestaciones populares y la detención de los dirigentes de la oposición; ningún partido político es legal, y el regreso de los exiliados está sometido a tales condiciones que impiden a muchos de ellos volver a su país". Al mismo tiempo, la prensa publicaba las noticias de la actuación de la censura contra la revista "Guadalimar" y el libro de Juan Marsé, "Si te dicen que caí".

No regateó elogios Giscard d'Estaing a Juan Carlos y a sus intentos de democratizar la vida política española "bajo el signo de la libertad". En esto, como escribe el semanario satírico "Charlie-Hebdo", los dos Jefes de Estado ofrecen lo mismo: uno, la sociedad liberal avanzada, y el otro, la monarquía liberal avanzada. Pero la entrevista que Giscard d'Estaing concedió a la agencia Efe no pudo tener su réplica. El servicio de prensa

del Partido Socialista respondió a una petición de entrevista de François Mitterrand para otra agencia española, que eso es lo que se suele hacer en los países democráticos, pero que el secretario general del PS se negaba, pues en caso contrario equivaldría a aceptar que lo que hay ahora en España es una democracia. Sería "jugar el juego, cuando se está prohibiendo el Congreso del PSOE". En la estructura de la fuga esto sería la repetición del tema en sentido contrario.

Este contrapunto se ha advertido incluso a los medios oficiales, a la hora de hacer el balance de la visita. Mientras que el presentador de la Primera Cadena entonces el tema brillante y triunfalista, la Segunda, y en el mismo momento, se despedía de Juan Carlos "aprendiz de demócrata". Decía el presentador que Giscard había ofrecido al Rey un banquillo para sentarse en la mesa de Europa, en espera de poder hacerlo en un sillón. Las dificultades son grandes, añadió. "En España no se reconoce a los sindicatos, y el Partido Comunista sigue en la ilegalidad. Holanda, Italia y Dinamarca no aceptarán nunca a un régimen así. Habrá problemas con los agricultores franceses, por la competencia que le hacen las frutas y las verduras españolas. Una vez resueltos todos estos y otros problemas, España podrá entrar en Europa, si es que por entonces ésta aún existe". ■
RAMON CHAO.

Contrapunto

PARIS.—Más que una marcha triunfal, más que una sinfonía heroica, el viaje de Juan Carlos a Francia ha sido una fuga: al tema principal, expuesto por la oficialidad y por los órganos que siempre mostraron una gran comprensión por el régimen español surgido de la guerra civil (la extrema derecha hasta el conservador "Le Figaro"), correspondió siempre un contratema, sombra del principal, repetido por organizaciones francesas de izquierda, o por la prensa que va desde "Le Monde" (independiente) hasta "Liberation" o "Rouge".

Este contrapunto se ha producido en todos los actos o gestos: a las banderas rojas y amarillas que por primera vez desde hace cerca de medio siglo ondearon en las calles parisinas respondieron las manifestaciones juveniles en los bulevares, organizadas por la Liga Comunista, y al anuncio de la llegada de Juan Carlos, las bombas que explotaron en Pierrefitte, en Saint-Cloud o en Saint-Mandé. Los fastos de las recepciones en el Elíseo (con frac o 'smoking' y condecoraciones) o en la Embajada de España —donde Felicia-

no Fidalgo, corresponsal de "El País", en animada conversación, le dio la oportunidad de adoptar una actitud dialogante cuadraban en los periódicos al lado de las fotografías de los exiliados desterrados, así como con los textos de protesta por estas medidas, y todos los que quisieron aproximarse al Rey tuvieron que pasar por el tupido cordón formado por los policías destacados por Poniatowski (tres mil, en total).

El contrapunto se produjo, a veces, dentro del tema principal. Así sucedió con la película difundida por televisión. François Morell quiso, con muy buena voluntad, "desmitificar a un personaje casi legendario, un Rey de España asociado a todo el aparato de una de las más antiguas cortes del mundo", como escribe el diario católico "La Croix". Pero se olvidó, y se lo recuerda el derechista "L'Aurore", que "aun siendo visceralmente republicanos, a los franceses se les conmueve el corazón cuando un soberano pisa su territorio". Así que ésta presentación de un Juan Carlos familiar, sencillo y humano decepcionó a mucha gente. "Ningún antimo-

Las relaciones económicas

UN tanto diluida entre los actos protocolarios y las declaraciones de los Jefes de Estado, la importancia política del viaje del Rey Juan Carlos a Francia aún no ha sido valorada. Hay una firme decisión de "hacer juntos el camino futuro", en declaraciones de Juan Carlos y Giscard d'Estaing, lo cual no deja de ser significativo, pero poco más. No se esperaba tampoco una concreción mayor, pero, sin duda, las conversaciones mantenidas por el ministro español de Asuntos Exteriores, único miembro del Gabinete que acompañaba al Rey en su visita, habrán sembrado el terreno para que sus colegas concreten en un inmediato futuro.

Desde el punto de vista económico, estas concreciones tendrían la máxima importancia para España. Porque Francia es el principal "partner" económico de España. Primer cliente de productos españoles, cuarto vendedor de los pro-

ductos que España necesita, segundo inversor extranjero en España con presencia casi hegemónica en algunos sectores, Francia es además la puerta que España necesita atravesar para ir al Mercado Común.

Entremos someramente en estos apartados. Ateniéndonos a datos de 1975, las importaciones españolas procedentes de Francia representan, con un total de 77.700 millones de pesetas, un 8,3 por ciento de las importaciones globales españolas, colocando a Francia en cuarto lugar de nuestros proveedores, detrás de los Estados Unidos, Arabia Saudita y Alemania Federal. Por su parte, las exportaciones españolas a Francia, 60.300 millones de pesetas, constituyen el 13,7 por 100 del total, situando al país vecino como primer cliente de España, lugar que ocupa tradicionalmente.

El año 1975 ha sido además un